

En un rincón de la memoria

Beatriz Espejo

Recuerdos infantiles que transcurren en las cálidas tierras de Veracruz se entretajan con la amargura y las intrigas de los adultos que los niños perciben y padecen. Este es el marco en el que se desarrolla esta deliciosa narración de la escritora Beatriz Espejo, autora de Alta costura.

No era difícil saber por qué los niños se entusiasaban tanto cada vez que se hablaba de pasar el carnaval en Veracruz. Allí nadie les daba órdenes ni les indicaba qué hacer. La casa donde se hospedarían no se parecía a la mansión que su abuelo habitaba en Mérida y que había abandonado con muebles, candiles, porcelanas y hasta ropa para escapar de las amenazas de muerte lanzadas contra él por Felipe Carrillo Puerto cuando le expropió su hacienda Tecax; pero el abuelo sobrevivió gracias a sus contactos y se asoció con amigos para abrir lejos del peligro una agencia cordelera. La construcción donde ahora vivía se había levantado piedra sobre piedra bajo las órdenes de un maestro de obras a quien la estética importaba un comino; sólo cuidaba que sus ladrillos no se vinieran abajo. En la misma calle de nombre patriótico, 16 de septiembre, se habían hecho otras seis casas del mismo tipo destinadas a cada uno de los hijos que el abuelo había procreado con la abuela Otilia Sánchez. Entre ellas una se distinguía por ser un poco más fea pero más curiosa. Parecía una torre de cuatro pisos en un terreno triangular cuyo

único chiste era que estaba al principio de la cuadra y todas sus ventanas miraban al océano.

La casa del abuelo, bastante más grande, aunque pintada como las demás de amarillo, presumía de una desmesurada terraza sin proporción con el resto de las otras habitaciones a donde tampoco se necesitaban binoculares para ver la inmensidad azul hasta confundirse con la inmensidad del cielo. La gloria de la fachada era una planta llamada copa de oro cuyas flores pesadas parecían volcarse hacia la tierra después de una bacanal. Creció ella sola, sin ayuda de jardineros que buena falta hubieran hecho para recortar el estrecho jardín delantero, pues la parte de atrás consistía en una plancha de cemento donde se guardaban los coches y a intervalos transitaba un perro café, de pelo tan corto como su cola y sus orejas. Los niños no indagaron a qué raza pertenecía aunque tampoco hubiera podido decirse que eran unos eruditos en cuestión de perros. Nunca pensaron jugar con él; pero supusieron que era fino pues lo llevaron de cachorro como regalo al abuelo en otro de sus viajes desde México. Ahora lo cuidaba un pariente mu-

do, Vicente, medio hermano de la abuela Otilia, y alguien tuvo la ocurrencia de llamarlo Yuri. Creció entonces sin cuidados, a la buena de Dios, y lo único que Vicente no olvidaba era darle de comer y beber por lo cual siempre lo seguía. Sus patas crecieron a una altura regular y nadie osaba no obstante su mansedumbre hacerle una caricia ni acercarse a él de polvoso y desaliñado que permanecía; sin embargo a intervalos regulares mostraba su presencia recortando contra el cemento trasero su sombra perruna, y de vez en cuando aullaba desconsolado a la Luna pidiéndole que se quedara más tiempo en la inmensidad azul marino mitigando el bochorno con su frescor y librándolo del atontamiento que el Sol le producía.

Lo niños nada de eso advertían, metidos en su propia felicidad, ni intentaron comunicarse con Vicente ni se fijaron en sus ojos azorados ni tampoco procuraron ocuparse del Yuri. Los aceptaban como algo conocido, sin sorpresas, y parte de lo esperado.

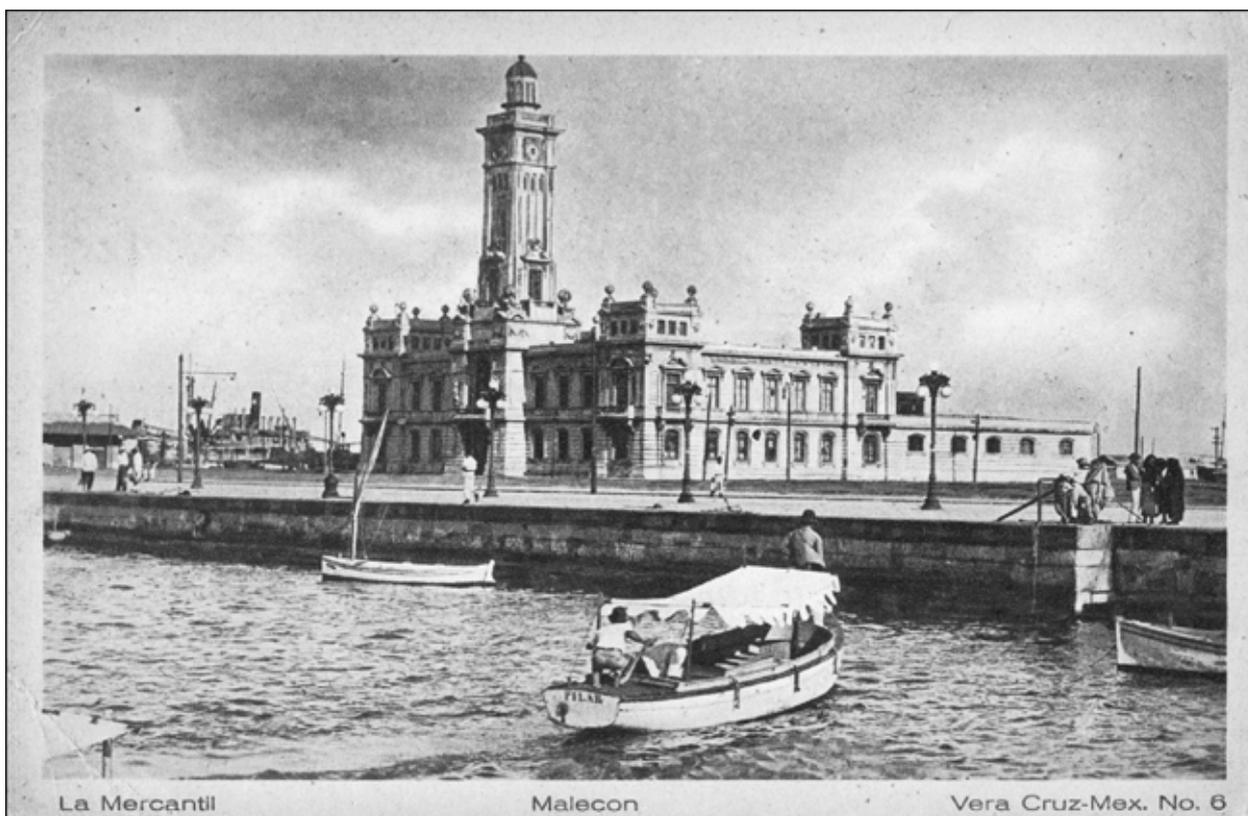
El ritual de venida resultaba archisabido. La niña se hincaba en el asiento trasero y mirando por la ventanilla el panorama que se alejaba componía versitos al atardecer: “Qué tristes están los cerros porque ya se va su Sol” y otras ocurrencias por el estilo que a su madre le parecían la octava maravilla, los memorizaba y la enorgullecían convencida de que había parido a una de las Brönte; luego llegaba la cuota dura del camino: Las temidas cumbres de Acultzingo con sus vientos, su humedad, su neblina y sus innumerables curvas donde la poeta, blanca de puro mareada, llegaba a vomitar, lo cual por más que se quisiera no de-

mostraba nada literario sino la parte asquerosa del viaje en que los padres se enojaban porque ensuciaba el reluciente automóvil. A esa señal, el niño comenzaba a llorar porque ya no tardarían demasiado las odiadas aulas escolares. Ningún poder humano o divino lo hacía entender que apenas empezaban el trayecto, hasta que él mismo recibía consuelo con la caricia del viento entrando por las ventanillas.

Paraban en Perote para comprar una pierna de jamón tipo serrano y comer espléndidas tortas. Las nubes habían cubierto completamente el horizonte y la grisura reinante tejía celajes plateados. Y al fin llegaban.

2

El mar bailaba contento de recibirlos, las olas arribaban unas tras otras y pasando se perdían en la lontananza dejando señales húmedas sobre la arena. Su rumor no cesaba y cuando alguna de sus furias se estrellaba contra una de las rocas que había en lugares estratégicos como si el hacedor de la belleza las hubiera puesto allí, para romper un poco la monotonía, se deshacían convertidas en chispas de agua y volvían a caer. Olía a légamo, sal y jarcia mojada. Un muchacho descalzo con los pantalones arremangados cortaba cocos de una palmera para venderlos en un carrito donde había un bloque de hielo, las alas del sueño tocaban dulcemente algunas luces prendidas a lo lejos y en las orillas del puerto no había indicios de fiestas ni desórdenes de ninguna especie. Reinaba la calma chicha. Arriba, el ocaso enroje-



cía las nubes panzonas que transitaban despacio como trasatlánticos o animales de formas fantásticas sin anunciar nortes entrometidos.

El abuelo, que se sentía hecho a mano, vestido como hacendado yucateco, traje de lino blanco, corbata negra y sombrero jipijapa, los esperaba según costumbre en la puerta de su casa. Estaba con la pequeña reja abierta y media hora de impaciencia acompañado de su enfermera habitual. Los tripulantes saltaban del coche, y la primera demostración amorosa se dedicaba al niño que alzaban hasta su elevada estatura para darle un beso lagrimoso porque en él, que llevaba su mismo nombre y apellido, cimentaba todas las esperanzas en un futuro que ya no vería. Había vivido bastante tiempo pero la sola idea de morir le producía escalofríos, a eso se debía la presencia de la enfermera y las visitas constantes del médico más famoso del lugar, Horacio Díaz, sobrino nieto del poeta Salvador Díaz Mirón a quien el abuelo adoraba y recordaba en sus conversaciones introduciendo parrafadas de sus versos o composiciones completas porque la poesía romántica y modernista era su talón de Aquiles. Nadie quería hablar de cosas tristes y las lágrimas del abuelo no conmovían demasiado. Todos las tomaban como algo habitual. Se congratulaban de haber llegado sanos y salvos y dispuestos a divertirse. La primera noticia se escuchaba sin preámbulos. El tío Enrique, excelente cocinero, había horneado para el padre una pierna de jamón claveteada, con jugo de piña y cerezas en almíbar y al niño le tenía dispuesta una enorme gelatina sin importarle que el niño las detestara tanto como detestaba al tío que le retorció las orejas hasta hacerlas sangrar en acciones inexplicablemente agresivas; pero nadie protestaba.

3

Apenas subían el equipaje y colgaban las hamacas que aumentaban las camas, la niña no perdía un segundo y picada de una curiosidad temerosa se dirigía a la terraza donde siempre se encontraba la tía Ernestina entregada a sus interminables labores alumbrándose con luz eléctrica porque ya había oscurecido por completo y las constelaciones brillaban en el manto ennegrecido. El rumor marino alcanzaba a oírse; sin embargo nada la distraía, de día y de noche, con calor o fresco sus manos tejían manteles, bordaban sábanas, rehilaban servilletas y fundas. No paraban como si pensara que a una cita prevista ocurriría una visita anunciada con un estruendoso gong.

La familia contaba que la causa de tan esmerado apego se debía a que cuando Ernestina tenía unos diecisiete años era muy devota y visitaba en Mérida la iglesia de San Luis Obispo para hacer mandas y rogativas quizá relacionadas con su porvenir de muchacha casadera. En las

apuraciones de la huida, los abuelos tuvieron que dejarla encomendada con unos parientes cercanos porque en los carros que los transportaban junto con escasas pertenencias no cabía ni un alfiler más. Prometieron, claro, mandar por ella apenas se hubieran medio instalado. Así quedaron contentos. Los primos que la acogieron la trataron como hija vivían en un poblado a la salida de la ciudad y ella aceptó gustosa pues nunca se sintió muy cercana a sus propios padres y hermanos. Una tarde, una de esas tardes meridianas dignas del paraíso, estaba tomando el fresco sentada en una mecedora a la puerta de la casa, cuando ella y su parentela vieron asombrados a la persona de Arturo de Córdova que había decidido viajar por carretera y regresaba a México después de haber arreglado en su tierra nativa algunos pendientes. Como buen yucateco percibió los aromas alucinantes que salían de la lonchería de don Lencho. No pudo resistirse. Estacionó su Cadillac último modelo para comer un caldo de pavo, dos salbutes y dos panuchos sin importarle cuidar la dieta a la que solía verse sometido como buen galán de cine. Pagó la cuenta, dio una generosa propina y se dispuso a proseguir su camino, con la novedad de que su flamante vehículo a pesar de su línea impecable y elevado precio había sufrido una descompostura. No logró arrancarlo tras desesperados, numerosos, intentos que sólo ahogaron la máquina. Sin previo aviso se soltó un aguacero tropical y no tuvo más remedio que, quitándose en cámara lenta sus lentes Ray-Ban, acercarse a las muchachas que ya metían presurosas sus asientos tropezándose unas con otras sin dejar de mirarlo tal como era en persona, un poco corto de cuello, estatura regular, traje beige cortado a la medida, camisa azul y facciones que rimaban entre sí para darle una apariencia completamente seductora. Bajo la lluvia altanera pidió con su voz de locutor algo argentinizada resguardarse mientras pasaba el aguacero. A Ernestina y a una prima se les doblaban las piernas sólo de verle el bigotito recortado como si el peluquero hubiera utilizado una regla, el cabello ondeado se le alborotaba con el aire que soplaban y sus pómulos marcados indicaban, sin que ellas lo supieran, que su rostro se prestaba para retratarse desde todos los ángulos por los camarógrafos de películas en blanco y negro. No importaba que a veces sin ton ni son le fijaran papeles de loco desaforado, lo importante era que de carne y hueso resultaba el hombre más atractivo y famoso que habían visto. Lo invitaron a guarecerse y aceptó agradecido pensando que el percance pasaría un rato después. No imaginaron que duraría tres días con sus respectivas noches en que ofrecieron hospedarlo. Mientras mandaron por un mecánico para que encontrara la descompostura del ostentoso vehículo que permanecía estacionado como ballena empapada. Tenía un defecto de fábrica y necesitaban llamar a la capital para que mandaran la pieza imperfecta.



Ernestina era rubia, de no mal ver, y con la anuencia de sus parientes atendió al actor lo mejor que pudo. Arturo estaba algo inquieto por el compromiso de una filmación en puerta, *La diosa arrodillada*, con María Félix como coprotagonista, tan inverosímil como otras cintas que le tocaron en suerte; pero era un hombre acostumbrado a controlar bien sus emociones y disimuló su impaciencia luego de dar aviso a los productores. Se dedicó a comer como los ángeles, si es que los ángeles comen, y a disfrutar las atenciones que le prodigaban conforme el carácter amable de los yucatecos y aún más si trataban con una celebridad nacional.

Ernestina lo miraba con ojos de arrobó, procuraba adivinarle el pensamiento, se ofrecía a plancharle las camisas y bordó un pañuelo de lino con su nombre que le entregó entre apenada y orgullosa.

Finalmente el mal tiempo pasó, el mecánico arregló la avería, Arturo de Córdova luego de desayunar unos magníficos huevos motuleños se dispuso a regresar vestido nuevamente con su traje beige, su camisa azul sin arrugas y sus cabellos peinados. Abrazó a todos sus huéspedes y al llegar a Ernestina que lo esperaba en una fila abierta como abanico, con una sonrisa apenas dibujada que no le deformaba su boca dispuesta al beso, dijo casi inaudiblemente: “Volveré por ti”. Ernestina le hizo un gesto de aceptación con la cabeza y a partir de en-

tonces comenzó a bordar su ajuar de novia. Fue cosa de médicos y abogados hacerla viajar a Veracruz porque insistía en esperar la resurrección del actor que en su opinión parecería de un momento a otro. Nada la convencía hasta que el hermano mayor, padre de los niños, impuso su autoridad, fue a buscarla y casi a la fuerza y mediante la perspectiva de que cartas y telegramas servirían para dar noticias y direcciones la llevó consigo y se la entregó al abuelo. Habían pasado diez años y Ernestina seguía tejiendo, bordando y oyendo misa diariamente en la iglesia de Cristo Rey donde pedía que regresara el amado.

A la niña esa historia no dejaba de intrigarla y por eso apenas llegaba al puerto buscaba a Ernestina, la veía recibir el fresco en su mecedora frente a la playa, metida en sus labores que ya habían llenado un ropero completo de obras de arte hechas por una enamorada incommovible:

—¿Qué haces ahora? —preguntaba.

—¿Por qué siempre que vienes andas tras de mí haciendo preguntas tontas y molestándome?

—Es que quiero saber en qué te ocupas...

—No lo ves. Termino la punta de una sábana—, y extendía sobre sus piernas un verdadero encaje lleno de ondas, flores y cadenas ejecutadas por el gancho más rápido que se hubiera visto en el sureste y aun en todo el Golfo de México.

La abuela y el abuelo rara vez se hablaban. Vivían sin dirigirse la palabra. Se habían casado cuando él tenía cincuenta años y ella quince. El arreglo lo hizo la bisabuela Felícitas, con los ojos tan azules que parecía ciega, a cambio de que el desposado mantuviera a toda la familia incluyéndose ella misma, al mudo, la hermana, la sobrina llamada Gladys; sin embargo la unión que desde el principio se auguraba desastrosa tuvo siete hijos y dos muertos al nacer. Por lo demás y, sin averiguar cómo fueron tales encuentros, la convivencia estaba cargada de discusiones y silencios como si dos extraños prolíficos en el arte de la gestación no tuvieran nada que decirse.

Costeaban a un cocinero chino escapado de uno de tantos barcos que atracan en Veracruz y que además de lucirse en cada platillo, preparaba como maestro inigualable unos bísquets que parecían haber sido amasados por manos milagrosas, suavitos, tersos, con la masa tierna que no se endurecía aunque hubieran pasado varios días: esto cuando alguna vez, muy rara vez, los numerosos ocupantes de la casa no acabaran con ellos a la primera.

Para el chino Lee su confección era un secreto sagrado y no permitía que nadie estuviera presente mien-

tras los preparaba. Se encerraba a piedra y lodo y comenzaba a trabajar hasta confirmar que no había ninguno dispuesto a robarle la receta. La abuela, excelente cocinera ella misma, se desesperaba y viendo que por las buenas, después de preguntarle qué le ponía además de agua, harina, polvo de hornear, sal, aceite o mantequilla, y hasta soltando una propina extra, no conseguía ablandar el corazón granítico, decidió un plan estratégico: Subirse en un banco para alcanzar a un vidrio instalado en lo alto de la puerta y espionando seguir cada uno de los movimientos; pero al chino le salieron ojos en la nuca. Y la descubrió como presencia ominosa y su cólera fue mayúscula. Gritaba en su lengua nativa y su español poblado de eles y con las manos hacía una serie de signos cabalísticos como si ahuyentara a los malos espíritus. En ese momento casi todos los habitantes de la casa habían salido, salvo el abuelo que quiso calmar el alboroto aumentándole el sueldo al oriental. Entonces fue la abuela quien saltó ofendidísima porque no le dieron su lugar de ama y señora. El pleito estalló por otra parte. La niña, aburrída de mecerse en la hamaca y de atisbar en la terraza a Ernestina que no se mostraba conversadora, bajó corriendo las escaleras pensando en un incendio con la intervención de los bomberos; pero sólo alcanzó a oír parte del diálogo final.

—Viejo loco, ¿cómo te atreves y prefieres a este mentecato?

—Cállese usted, señora, no le dé malos ejemplos a la chiquita —que permanecía algo atónita, parada junto a un arco, con los oídos muy abiertos.

De todas maneras Lee recogió sus pertenencias sin esperar siquiera que le pagaran la última quincena de

trabajo, azotando la puerta y haciendo vibrar la rejilla de la entrada, con el gorro de cocinero chueco y sus ojos rasgados llenos de furia salió afirmando que prefería morirse de hambre o que regresaría a otro barco donde sería admitido de inmediato. Ante tal despliegue de dignidad la abuela también se sintió digna, llamó al chofer y exigió que la llevaran a su departamento de México donde vivía regularmente.

5

Ocultar los sentimientos más íntimos se consideraba en la familia signo de buena crianza, o quizá se acostumbraron desde la infancia a no ser escuchados ni comprendidos por nadie. A los seis o siete años, crecidos para su edad, un retrato de Moza la captó con los labios tenazmente apretados, como si temiera que se le escaparan las palabras, mirando la cámara apoyando un bracito sobre un sillón de madera que por su hechura hace suponer que todavía estaban en Yucatán; y el otro sobre la cintura en una actitud algo desafiante. Llevaba un vestido oscuro ablusado, tenía los ojos penetrantes, las cejas bien delineadas y peinado de polquita; sin embargo la postura le daba un cierto aire arrogante con sus tobilleras hasta las rodillas y sus zapatos de charol. Todo parecía impecablemente nuevo como cuando el abuelo llevaba a sus hijos a los circos que llegaban de vez en cuando a Mérida y les compraba ropa para disfrutar la función. ¿Era la Moza entonces feliz? ¿Ya se daba cuenta de las desavenencias entre sus padres o a tan corta edad pensaba que en todos los matrimonios pasaba lo mismo?



Veracruz, México

También ella cargaba su historia. Un médico despedido dictaminó que padecía taquicardias y que las emociones de casarse con cualquier otro le traerían consecuencias funestas. Lo aceptaron como palabras santas y la destinaron a que cuidara ejemplarmente a su madre; cosa que hizo sin protestar, como si ella misma se quitara de en medio y jamás tuviera la voluntad de consultar a otro especialista. Por eso se veía pocas veces al espejo y desoía los piropos que despertaba al pasar y hacían virar las cabezas o los detenía con miradas duras y desaprobatorias. En cambio lloraba con facilidad y gustaba de las lecturas sentimentales, revistas del corazón de las cuales tenía colecciones y montones de novelas en que la muchacha desafortunada acaba uniéndose al más apuesto de los hombres. Amante del cine, su actriz favorita era Romy Schneider por haber interpretado a Sissi cuyas películas de amor la conmovían y sacaba su pañuelo en la intimidad del espectáculo; pero los ojos nunca le brillaban y se encargaba de mandar a paseo cualquier intento de aproximación de sus enamorados. La insensatez carnavalesca la entusiasmaba poco y salvo los bailes a los que asistía no se le ocurrió siquiera presenciar las comparsas y mucho menos participar en ellas. Por regla general el grupo de sus amigas eran las señoras que visitaban a su madre y sólo con la prima Gladys comentaba sus cosas; pero la prima Gladys casó pronto y se fue a Michigan y sólo de vez en cuando mandaba una postal.

Los padres de los niños eran en cambio muy salidores y cuidadosos de sus respectivas personas, aceptaban

cuanta invitación les hacían, iban a restaurantes y daban vueltas por el Zócalo en momentos en que podía transitarse. Los acompañaba el niño, que además de divertirse andaba huyendo del tío Enrique y de sus malhadadas gelatinas. Cuidaba tanto sus orejas que, si se encontraban todos en la casa y Enrique, casado y con hijos, llegaba de visita, si alcanzaba a verlo abrir la puerta del jardín delantero o si oía su saludo corría a esconderse. Para escapar, subir las escaleras de tres en tres no representaba ningún obstáculo.

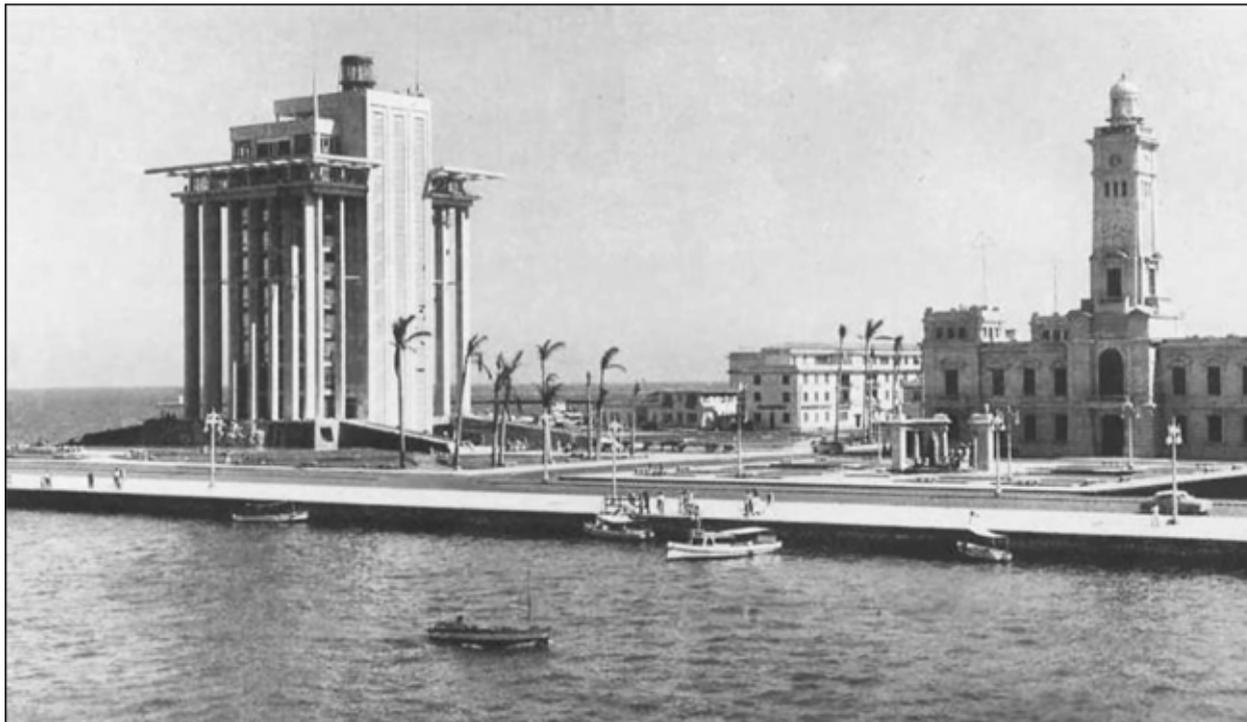
La niña, en cambio, era una mirona que no se cansaba de escudriñar cuanto podía. Los cajones de las cómodas y los roperos eran su perdición y se agachaba debajo de las camas para ver si había algo misterioso. Hasta que en una tarde afortunada lo encontró. Se trataba de una cajita envuelta cuidadosamente con su moño dorado. Sin pensarlo dos veces la sacó y desenvolvió para descubrir su contenido, un perfume de Guerlain que el tío Fernando, el enamorado de la familia, pensaba regalarle a su novia con la consabida reserva que se guardaba entre aquellos muros. ¿De dónde les venía esa costumbre de convertirse en cajas fuertes? Nadie parecía interesarse ni meterse en los asuntos de los demás, cada uno mantenía sus logros y quebrantos como secretos de Estado o simplemente como si los avergonzara compartirlos con alguien, por lo cual la niña no conseguía informaciones que valieran la pena y en cambio no pudo envolver el perfume tal como lo había encontrado; pero Fernando era colérico y vociferó echándole la culpa al pobre



La Mercantli

Muelle de Sanidad

Vera Cruz-Mex. No



Malecón de Veracruz, México

de Carlos que no sabía ni de lo que le hablaban. Con todo, mientras protestaba no dejaba de poner sus ojos sobre la niña como diciéndole: “A mí no me engañas: Tú fuiste, pequeña ociosa, y no te atreves a delatarte”. No le reclamaba abiertamente temeroso de los regaños del abuelo o del padre, el único comunicativo quizá por haberse casado con la mujer de sus sueños y por estar siempre dispuesto a ser el quita penas, a componer lo descompuesto y meter orden donde no lo había.

De risa fácil y mano pronta para sacar la cartera, el padre de los niños parecía ser el único feliz. No se quejaba casi nunca y cumplía el cuarto mandamiento de la ley de Dios como Dios manda. Su debilidad la destinaba a Carlos, su protegido, de quien no permitía una sola crítica porque padecía de un bajo coeficiente mental. Parecía que había venido al mundo sólo a padecer. Se contaba que de niño se subió a una reja mal afianzada, se fue hacia atrás, y la reja le vino encima dándole un fuerte golpe en el cerebro, después de lo cual sus facultades mentales fueron muy pobres para el resto de su vida. Ganaba algún dinero haciéndole mandados al padre de los niños y mitigaba su infortunio bebiendo licor de mala calidad hasta perderse días y regresar con la ropa hecha jirones; sin que nadie le preguntara lo que le había sucedido, se tomaba todo el asunto como cosa natural.

6

La tía Carmen se casó con un ingeniero y fue a vivir a Celaya, después de que el abuelo le había destruido otra relación en que le hubiera ido mejor. De tal suerte sólo en contadas ocasiones participaba en los pleitos,

reuniones, quehaceres familiares. Por eso fue para los niños el mayor de los enigmas; pero el consentido por unanimidad era Ramón. Para fortalecerlo de bebé lo alimentaron con Malta de Hemoglobina y lo engordaron más de la cuenta. Tampoco él se animó a decir si la gordura lo afectaba o inhibía su sexualidad de alguna manera. Su gordura era un hecho consumado y jamás decidió someterse a dietas o practicó ejercicios para combatirla. Simplemente le había sucedido y estaba condenado a ser gordo. Estudiaba Leyes sin prisas ni pausas, aunque nunca tuvo intenciones de escribir una tesis, no pensó en temas ni sinodales. Se conformaba con que lo llamaran licenciado y licenciado fue el resto de su existencia, sólo atendía algunos asuntos que le costaran poco esfuerzo. Lo embromaban recordándole que cuando se organizaban los partidos de fútbol en el Instituto México donde estudiaba, pedía ser portero para sentarse mientras los demás corrían como desesperados tras la pelota y que jamás se preocupaba por estirarse para impedir los goles del equipo contrario. No se sabía si era uno de tantos chistes que se hacían sobre su persona o si realmente así había ocurrido. A él más que a cualquier otro le causaba risa; pero lo cierto es que nunca se distinguió por su diligencia. Su pereza capital se le perdonaba por su natural risueño y su esplendidez. La abuela Otilia se encargaba con loco afán de espantarle novias, no obstante pudo casarse dos veces con pésimos resultados.

Los niños lo querían mucho y le perdonaban lo mal hablado. Les encantaba que los sacara a pasear dando vueltas de trompo en su pequeño Fiat, diciendo que con él tenían las emociones de una feria o de un Cicerón ejemplar capaz de saber dónde estaban los templos es-

piritistas y dónde vendían los mejores ceviches del puerto; pero cuando se trataba de escarbar en sus sentimientos o se le formulaban preguntas personales, bajaba una cortina de metal como la de los establecimientos y no la abría a ningún precio y se enojaba si alguien trataba de indagar cuándo presentaría su examen profesional. Herméticos hasta decir basta cada quien cargaba en silencio su cruz o su bienaventuranza.

7

Lo mejor de la jornada eran los desayunos. Después de que Lee partió en medio de maldiciones e improperios chinescos imposibles de entender, el abuelo mandaba a comprar hasta la casa de una tal doña Leandra las gordas y picadas más suculentas que imaginarse pueda y la cocinera servía frijoles hervidos con epazote. Los aromas embrujadores de las fritangas se encaramaban hacia el piso superior. A tan llamativo convite se reunían todos sentados a la mesa y debidamente vestidos porque el abuelo a ese respecto era intransigente y el contenido de tres llamativas charolas desaparecía en un momento; pero apenas esto sucedía uno por uno se iba del comedor con distintos pretextos. El abuelo entonces conversaba con la madre de los niños que lo escuchaba sabiéndose de memoria cada una de sus historias. Hasta cierto punto era el único comunicativo y se regodeaba contando siempre lo mismo con voz en que empezaba a notarse el estrago de los años. La niña también se quedaba y el niño huía como los demás.

El abuelo recordaba su patrocinio a poetas y músicos que se convirtieron en los más famosos de la trova yucateca, recordaba cuando conoció a la abuela Otilia y quedó fascinado de verla, alta, rubia, frondosa. Recordaba que había tenido otras novias con las que no pudo casarse por su fama de don Juan empedernido, aseguraba que los poetas románticos eran mejores que los contemporáneos empeñados en usar el verso libre, sacaba a cuento unos versitos que le compuso algún compañero de juergas: “Oye lo que llorando me decía mi novia soledad. / Si dejas de escribirme, si donde esté no estás, / Antes de mucho tiempo, te lo juro, me matará el pesar. / Jamás he vuelto a verla ni le escribí jamás. / ¡Y piensas que se ha muerto; / ¡Bueno fuera!, bien hermosa que está. / Sé que baila, que ríe, que pasea, / Que me ha olvidado ya. / Y que tiene un novio muy galano con quien se va a casar. / Por eso te lo digo, caro mío, / Si algún día una novia te dice que en tu ausencia la matará el pesar / Recuerda esto y no les creas, / No te arrepentirás, que hay / muchas Soledades en el mundo / Como mi Soledad”.

—Y por qué debía morir de amor si él no le escribía —preguntaba la niña—; pero el abuelo no con-

testaba. Se reía divertido como si hubiera descubierto una veta de oro y su desplegada servilleta que se sujetaba en el cuello de la camisa, para evitar mancharse porque las manos comenzaron a temblarle, se movía con la risa lo mismo que su barriga y sus ojos se volvían acuosos tras los espejuelos recordando su juventud pasada y traviesa.

Estaba en eso cuando vinieron a decirle que durante la madrugada algún borracho había cometido un extraño desagraviado profanando la estatua de Salvador Díaz Mirón que en una glorieta del Centro quedó representado de cuerpo entero con el brazo sano (el otro como todo el mundo sabía lo había perdido en un duelo) apuntando a la distancia. Sin duda un desocupado se sintió muy chistoso y con la ayuda de una escalera le colgó un yo-yo y le puso un *hot dog*. Al abuelo le pareció la peor de las atrocidades y demostró su desagrado con iracundia. La madre de los niños disimuló la risa fingiendo que tosía y la niña salió corriendo para pedirle al chofer que la llevara al lugar de los hechos porque necesitaba presenciar esa falta de respeto y estuvo rogando que le dieran vueltas alrededor de la glorieta donde se alzaba la majestuosa figura, convencida de que algún día la traería a la memoria como muestra de las bromas a las que llegan los veracruzanos durante los carnavales en su afán de ser chistosos por las buenas o por las malas.

8

A medida que la semana del carnaval se acercaba, el puerto se llenaba de agitación. Era como si algo que llevara escondido en sus entrañas se revelara de pronto en una algarabía de voces, carros alegóricos, comparsas, disfraces y entusiasmo.

Ernestina y la Moza, nombrada así por ser la menor, decidieron ir al baile del Casino Español o de la Lonja Mercantil, el caso es que debían vestirse de gala. Fueron a La Galatea y regresaron con un cargamento de trajes que les prestaron para que se los probaran prudentemente en su recámara antes de elegir con cuáles quedarse. Ernestina escogió uno negro —que por cierto le quedaba bastante bien— porque se sentía viuda a pesar de no haberse casado ya que su galán cinematográfico no aparecía sino en la pantalla; la Moza, que por esos tiempos paraba el tránsito con sus largas piernas torneadas, su cinturita y sus caderas llamativas, uno verde bandera que a juicio de la niña y a pesar de ser el más ostentoso, no la favorecía debido a sus muchas capas de tul que la hacía verse un poco gorda. Pero las dos demostraban gran entusiasmo probándose los diferentes trajes sin preocuparse por ver las etiquetas con el precio y pensando que esa noche sería una de las mejores de su existencia de muchachas guardadas por prejuicios del grosor de una pared. Quién

sabe a qué horas llegaron. En el desayuno no dejaron escapar comentario alguno y más bien parecían desilusionadas, quizá por no haber tenido el éxito esperado.

A las ocho empezaban las fiestas en que se coronaría a la reina. El acto supremo de los festejos. El abuelo decidió ir con sus nietos. Así fueron al teatro principal de la ciudad dándole descanso a la enfermera y apoyándose en el chofer que manejaba a ventanilla abierta otro suntuoso Cadillac. Con parsimonia se abría paso entre la multitud. Así pues había que manejar a vuelta de rueda. Pronto un arlequín, con las mejillas coloreadas y los cascabeles del sombrero causando una alegre música de risas, le estampó en plena boca un beso que le dejó los labios pintados. Después se perdió entre la gente tan rápidamente como había llegado. El abuelo considerando que se trataba de un atropello, le ordenó que se bajara a darle su merecido; pero era tarea inútil. Del mentado atacante no quedaba rastro en medio de esa avalancha que sonreía, gritaba, buscaba alguna pareja perdida.

Ya en el teatro los condujeron a sus asientos. El abuelo, incapaz de dejar la menor tarea en manos ajenas, dictaminó que el chofer engalanado con su mejor guayabera se sentaría junto al niño, la niña en medio y él a la orilla del pasillo. No había asientos vacíos. Repentinamente se apagaron las luces. Todo quedó en la más completa oscuridad y la voz de Toña la Negra timbrada con el trópico, el clavo, la canela y las palmeras cimbrándose al golpe de la brisa, cantó: “En la eterna noche de mi desconsuelo tú has sido la estrella que alumbró mi cielo”. Y se oyó el estruendo de cinco mil personas clamando admiración. A esto siguieron los acordes del piano de Agustín Lara. Volvió el clamor y continuó el programa número tras número. Al final desaparecieron los componentes de la orquesta con todo e instrumentos y se dispusieron varios sillones de terciopelo rojo rematados de guirnaldas. El más alto lo ocuparía la reina Rosalinda II quien, de largos cabellos rubios, ojos azules, piel traslúcida, imagen impecable que le servía para que las monjas josefinas la escogieran siempre para interpretar el papel de la Virgen María en las representaciones de la Huida a Egipto o de la Pasión, entró alentada por la marcha triunfal de *Aída*. Sacaba adelante su papel sonriendo de un lado a otro y segura de ser la más bella entre las bellas en un vestido recamado de lentejuelas doradas. La seguían las dos princesas de rigor no menos llamativas envueltas en gasas blancas parecidas a muñequitas de pastel; pero caminando con gran cuidado. Y se prosiguió a la coronación. La primera princesa, considerando que se había cometido con ella una injusticia porque sus progenitores invirtieron mucho dinero comprando votos, tuvo un gesto napoleónico, arrebató la diadema que le correspondía de manos de la soberana y se la puso ella misma promoviendo otro susurro, esta vez desaprobatorio externado por las mismas cinco mil



personas que seguían atentamente cuanto sucedía en el escenario.

Luego de anuncios, discursos laudatorios y acordes finales, se abrieron las puertas y los reunidos comenzaron a salir con bastante orden ya que no hubo muertos ni heridos. Camino de regreso el abuelo comentaba como en un sonsonete: —Qué mal educada es esta muchacha. —Y siguió comentándolo hasta que el niño le preguntó:

—¿Abuelo, por qué está mal educada? Pero al abuelo, incapaz de ser buen pedagogo, le dio flojera entrar en explicaciones de protocolo y no contestó. En cambio siguió diciendo —Qué mal educada.

Entonces los niños se miraron entre sí convencidos de que el abuelo tenía razón y felices pensando que al día siguiente comenzaría temprano el desfile alegórico. Recorrería toda la ciudad. No importaba el calor sofocante. Muchos tomarían parte y ellos estarían bien custodiados viendo pasar los más caprichosos disfraces desde el Zócalo al Malecón sin adentrarse en calles aledañas. Entonces no sabían, no podían saber que todos los personajes guardados en la memoria pasarían como las olas del mar dejando sólo una huella húmeda sobre la arena. **U**